• Olivia Busto Legrá

Historia de un encuentro inacabable
CUBA COMO ORIGEN Y DESTINO EN LOS TEXTOS DE MARÍA ZAMBRANO

María Zambrano (1904-1991) es considerada la figura femenina más destacada de la intelectualidad española. Fue filósofa, ensayista y profesora, perteneciente a la llamada Generación del 27 –esa que fundó y vivió la Edad de Plata de su literatura– y, más en concreto, miembro célebre de las Sinsombrero[1], sector femenino de dicho grupo de escritores, historiadores, pintores, activistas, etc. La que sería galardonada con el Premio Miguel de Cervantes en 1988 tuvo que enfrentar diversos obstáculos durante toda su vida: machismo, exilio, pobreza, soledad…

Desde hace algún tiempo –sobre todo en España, aunque colaboran también universidades de los más diversos países– existe un fuerte movimiento que busca recuperar las voces de los exiliados republicanos. Últimamente, se ha hecho hincapié en la situación de la mujer, uno de los sectores más marginados durante décadas por la historia oficialista. Estas féminas, al igual que sus homólogos masculinos, se vieron en la obligación de vagar por el mundo después del estallido de la Guerra Civil y la posterior dictadura franquista[2]. Las creaciones de los intelectuales constituyen, en buena medida, testimonios del vínculo establecido con naciones diferentes a la que los vio nacer. América Latina era uno de los destinos más comunes y, aunque el número de migrantes fue mayor en México y Argentina, a Cuba también llegó una gran cantidad de personas en busca de refugio, empleo y esperanza. Zambrano estuvo entre ellas. La filósofa vivió en la Isla trece años intermitentes[3], durante una época significativa para la historia de la nación que se estaba formando (1936 – 1953): justo después del fracaso de la Revolución del Treinta y muy cerca del ascenso de la llamada Generación del Centenario. Esta española

[1] Cierto día, en el Madrid de los años veinte, un curioso grupo de estudiantes, compuesto por Federico García Lorca, Salvador Dalí, Margarita Manso y Maruja Mallo, osó pasearse por la Puerta del Sol sin sombrero, iniciativa sumamente escandalosa para la época. Su actitud transgresora pretendía romper con la norma social establecida y, de forma metafórica, liberar la cabeza para dejar salir las ideas; algo así como quitarse el corsé. Maruja Mallo relató la reacción de los transeúntes: los apedrearon e insultaron.

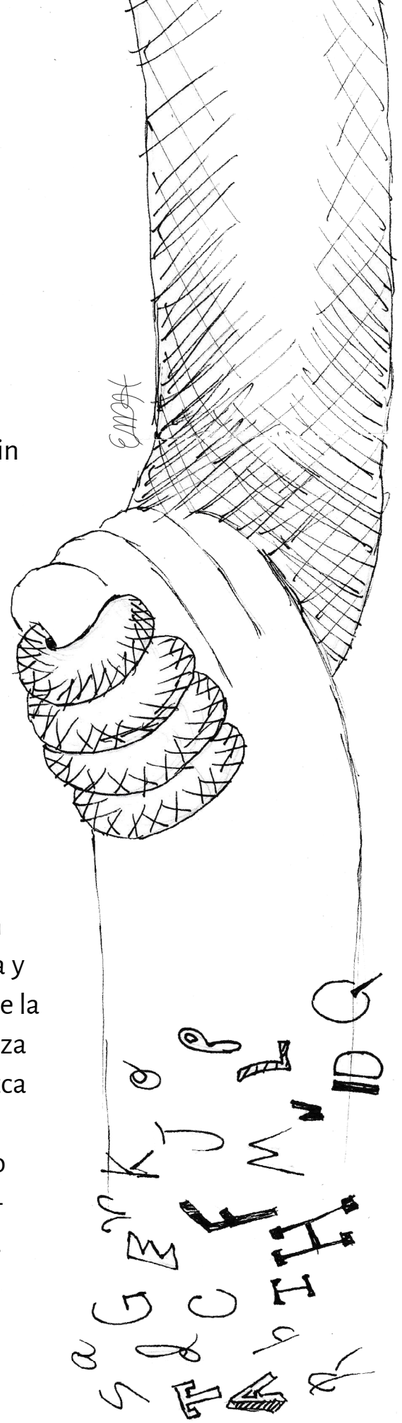
[2] Para obtener información más detallada sobre esta generación de féminas intelectuales, puede consultarse Las Sinsombrero. Sin ellas, la historia no está completa, libro de Tania Balló Colell que vio la luz en 2016; recientemente se ha popularizado por la emisión de un documental del mismo nombre en TVE.

[3] Llega por primera vez y de paso porque su esposo, Alfonso Rodríguez Aldave, obtiene el puesto de secretario de la Embajada de la República Española en Santiago de Chile.

universal estrechó lazos de amistad excepcionales en Cuba, entre los que destacan, sin dudas, José Lezama Lima –el «hombre verdadero»– y el resto de integrantes del Grupo Orígenes. La «patria prenatal», a través de publicaciones en revistas como la propia *Orígenes y Espuela de Plata*, así como de la impartición de conferencias en la Universidad de La Habana , le ofreció un espacio para reflexionar sobre la España perdida y también la posibilidad de volver al calor místico de la infancia. En una carta le comenta a su querido Lezama que todo niño se siente, de algún modo, desterrado.

Poco antes de pisar tierras cubanas por primera vez, la autora sufrió una intensa crisis existencial, causada por cierta decepción amorosa, algunas dudas sobre su verdadera vocación y la presión que la sociedad ejercía sobre ella por su condición de mujer intelectual no ajustada a normas y estereotipos. Estas circunstancias adversas no fueron del todo negativas, pues pronto la llevaron a reflexionar sobre el origen de la existencia y algunos elementos contrarios –no contradictorios– tales como vida y muerte, luz y oscuridad. Alrededor de este último binomio, desarrolló su «metáfora de la luz», concepto que explica que el conocimiento, la claridad del pensamiento, se alcanza solo cuando somos capaces de descender a lo más profundo, aunque a *priori* parezca paradójico. Por un tiempo, Zambrano estuvo sumergida en el caos.

Paso a paso fue saliendo de la caverna y la idea del destino apareció como el proceso de auto-realización, como los caminos que se van tomando –voluntariamente o no– y que construyen la vida. Siguió los postulados de José Ortega y Gasset, su mentor, para el cual dicho destino era la ejecución de la vocación. Llegó a aceptar esa



sentencia calderoniana de «la vida es sueño», pero decidió que su propio sueño debía ser construido por ella misma, a partir de las claves de una «razón poética»: filosofía y poesía, historia y vida, sus grandes pasiones.

La historia de España representa, así, el punto de partida, pues ahí está su propio origen como ser individual, en esa colectividad, la de todo un pueblo. A Zambrano le será útil el concepto de «intrahistoria» manejado por una figura a la que admira, Miguel de Unamuno. Esta nueva forma de contar los hechos enfoca la atención en lo que yace bajo la oficialidad, bajo lo que los medios deciden relatar a su manera y conveniencia. La historia verdadera es la de los individuos –muchos de estos alienados, olvidados– que día a día luchan por la supervivencia en el mundo que les ha tocado.

Zambrano empieza a soñar con una nación mejor para todos, construida por la juventud española, estudiantes y abanderados de la cultura en cualquiera de sus manifestaciones. Dará fe de toda su evolución personal de forma casi espontánea, como fluir de conciencia y memoria, en su autobiografía, *Delirio y destino* (1989).

A lo largo de las siguientes líneas se realizará un recorrido cronológico por ocho de los textos de María Zambrano en los que Cuba, como tierra trascendental en su experiencia de vida, juega un papel protagónico. Las fechas van desde finales de la década del treinta hasta finales de la década del ochenta, por lo tanto, abarcan un período de tiempo considerable, lo cual demuestra que el vínculo de la filósofa con la Isla se forjó bien pronto y no se rompió nunca.

El ensayo pretende tratar la obra de una autora perteneciente a la literatura española, pero siempre respecto a temas profundamente cubanos, los cuales esclarecen cuestiones esenciales sobre la identidad de la nación caribeña y no por ello dejan de ser, a su vez, universales.

No fueron escasas ni carentes de profundidad y relevancia las pequeñas obras que María Zambrano decidió dedicarle a Cuba. Al contrario, en varias ocasiones aprovechó el espacio de reflexión que ofrece cualquier texto para plantear los principales temas y conceptos que guiaron su recorrido filosófico. Conviene analizar las muestras por separado pues, aunque hay motivos recurrentes en varias de estas, cada una tiene su particular núcleo de interés.

En 1937 aparece «Dos conferencias en la Casa de la Cultura», donde Zambrano expresa la impresión que le causó acercarse a la vida y obra de Juan Marinello y Nicolás Guillén. Explica que todo escritor, como pasa demasiado tiempo solo mientras cumple con su tarea, necesita de vez en cuando un público que lo escuche y con el que pueda interactuar de forma directa, cara a cara; esta es la verdadera importancia de las conferencias.

Comienza por Marinello, al cual llama desde el principio «el de la otra España», haciendo clara referencia a Cuba como país ligado de forma indisoluble a los procesos histórico-políticos de su ancestro europeo, ahora en la categoría de hermano. Marinello fue una de las figuras más solidarias con la causa republicana del pueblo español, por lo que Zambrano y sus compañeros le estuvieron eternamente agradecidos. Sin embargo, la autora destaca que, a pesar de la lejanía, él nunca dejaba de pensar en su país: «escribe desde donde siempre», dice. Este es uno de los principales aspectos que vinculan a la filósofa hispana con el intelectual antillano.

Ya la escritora reflexiona sobre una idea que mantendrá: la poesía cubana es un tema revolucionario, expresión de una lucha liberadora en la que la raza negra se une con la blanca en una causa común; aunque también acepta que existe esa «poesía pura» de absoluta soledad, que es tan cubana como universal y no se trata de una moda, sino de una forma de pensar y vivir. Después de escuchar el discurso de Marinello, «Dirección de la lírica cubana hoy», asegura que le queda una «absoluta confianza en la universalidad de los combates y en la hermandad verdadera de los pueblos» cubano y español.

En Guillén reconoce una voz que le resulta más familiar y una nueva comprobación de lo que pensó al consultar a Marinello. Cuenta que el Sóngoro Consongo lo conoció a través del poeta Manuel Altolaguirre y este, a su vez, a través del gran Unamuno. Respecto a dicha hermandad transoceánica, Zambrano menciona también el texto que el Poeta Nacional dedica a Federico García Lorca, «España, poema en dos angustias». Comprende que lo que une a ambas tierras es, muchas veces, esa escritura generada por el hombre culto que yace bajo el soldado, la «búsqueda poética de lo que late bajo la angustia y la humillación». Establece una analogía entre los procesos políticos llevados a cabo en el archipiélago y la península, más similares de lo que podría parecer. En este primer texto, trata de relacionar ambas naciones y juntarlas en una causa común: el fin de la injusticia.

En 1948 Zambrano publica un ensayo crítico sobre *Electra Garrigó*, en referencia al texto teatral de Virgilio Piñera, uno de los integrantes del Grupo Orígenes. Inicia, como cabría esperar, recordando la vigencia de la tragedia griega en el mundo occidental contemporáneo y aclarando que en cada época la tragedia se manifiesta de forma distinta. Cambia para sobrevivir, como todo mito clásico. Por aquel entonces, ya el género buscaba reflejar los conflictos de la conciencia

moderna, cuestión que se debe tener en cuenta a la hora de intentar descifrar las claves de la versión de Piñera.

Su Electra es, acierta Zambrano, más vacío que personaje, una conciencia apática; le importa poco lo que sucede a su alrededor y no hace nada para impedir el desastre. No es nadie, es luz, atmósfera, gas que se adhiere a los objetos al final de la obra. Dicho desenlace puede causar confusión en el lector, la autora española lo explica de la siguiente manera: Electra debe ser interpretada como pura metáfora –o sea, no debe tomarse al pie de la letra, como casi nada en la obra– en medio de una realidad donde no parece haber un sentido, lo cual se advierte en la poca importancia que la protagonista le da al crimen y en su insistir en la inexistencia de Dios. La joven llega a ser heroína trágica de un modo diferente al tradicional: lo es porque se rebasa a sí misma y trasciende, pero solo de forma física, adhiriéndose a todos los objetos de la casa. Es la «pura negatividad» de la tragedia actual, la «honestidad suicida» que acaba con toda conciencia, voz o poesía. Sin embargo –y aquí está el núcleo de lo que plantea Zambrano–, también es la muerte de todo lo que puede resucitar en esperanza, cuando incluso los hechos más simples –¡hasta los crímenes!– alcanzarán sentido.

Para la intelectual española, la resurrección es el proceso imprescindible por el que llegar al despertar de la conciencia. Afirma que Virgilio parece aceptar y plasmar la terrible falta de sujeto que en modo alguno puede conducir a la libertad; con el objetivo de alcanzarla primero será necesario romper con todo y empezar de nuevo, de manera muy distinta. Esta última idea está ligada a la de una revolución real que vengue las atrocidades y cree un mundo mejor, más lógico, en equilibrio.

También en 1948, para la *Revista Orígenes* –Año V, No. 20–, la autora redacta un ensayo que trascenderá, y no exactamente como *Electra Garrigó*. Me refiero a «La Cuba Secreta», quizás su publicación más conocida dentro de las fronteras del país. La fama del texto se debe a que es la explicación a ese «ancestral amor», a ese «apego», a esa íntima conexión que Zambrano tuvo con una patria que no era la suya, o que quizás sí lo era, pero de forma peculiar. En la Isla, la exiliada sintió una especie de *déjà vu*, al reconocer en esta escenarios y situaciones familiares, pero también el remedio para una «sed largo tiempo contenida».

Lo primero que hace es establecer una analogía directa entre dos entornos naturales de uno y otro lado del Atlántico: el mar de La Habana le recuerda a su Mediterráneo andaluz, por la forma en que la luz y la sombra caen sobre la tierra. Sin embargo, La Habana es más que un sitio cuyas semejanzas lógicas con alguna ciudad europea pueden notarse a simple vista. En Cuba Zambrano encontró, como epifanía, por capricho del destino, su «patria prenatal», y con esto introduce uno de los conceptos más repetidos cuando se habla de su persona. Prenatal es, por supuesto, el estado anterior al nacimiento, «estado de puro olvido» que solo puede guardarse en la «memoria ancestral». ¿Cómo acceder a esa memoria? La intelectual piensa que dicha sensación de recuerdo va despertando en la vida con el paso de los años. ¿Cuál es la diferencia entre la patria de nacimiento y la prenatal? La de nacimiento trae el destino inmutable –esa que hizo a Zambrano filósofa, republicana, exiliada– y la prenatal es el fundamento poético de la vida, el verdadero «secreto de nuestro ser terrenal»; de ahí la denominación de Cuba «secreta». En la Isla ella halló su razón de ser: «Y así, sentí a Cuba poéticamente, no como cualidad sino como substancia misma. Cuba: substancia poética visible ya. Cuba: mi secreto».

No obstante, la autora sabía que compartía el secreto con otros. Estos eran los poetas del Grupo Orígenes, publicados en la antología *Diez Poetas Cubanos* (1937 – 1947), de Cintio Vitier. Para conocer el secreto había que despertar y solo existía una forma: a través de la poesía. «La isla dormida comienza a despertar como han despertado un día todas las tierras que han sido

después historia», asegura la española. Es ese resucitar del que hablaba en su análisis de la *Electra* de Piñera; esa esperanza de renacer en el Paraíso que antes había perdido. Más tarde aclara que con dicha hipótesis no pretende negar las conquistas de Cuba en la Historia, sino que sabe que al país le quedan muchos acontecimientos gloriosos por llevar adelante.

Asegura luego que la existencia de los dioses no contradice la existencia de un solo Dios, y así introduce a Lezama, «poeta obrero», su primer descubrimiento en Cuba. Como otros autores desconocidos, había tenido que llevar una vida silenciosa, a diferencia de sus predecesores: Mariano Brull, Emilio Ballagas, Eugenio Florit, Nicolás Guillén, etc., todos estos más famosos y gustados, debido a la expansión que tuvieron tras la separación de la metrópoli. Lezama y su grupo no gozaban aún de esa suerte, a pesar de sus frecuentes publicaciones en *Espuela de Plata*, *Verbum y Orígenes*. No obstante, era esta una generación digna del mayor de los reconocimientos pues, como explica Zambrano, en ella se fundían situación vital y obra literaria, es decir, se trataba de una «generación fiel a su destino». Practicaba la «poesía cubana de la contra-angustia» y Lezama, en específico, la «poesía del sacrificio».

Zambrano alabó siempre el sacrificio por ser este, según ella, la forma primera de captación de la realidad. El descenso a los infiernos permite el ascenso hacia la luz, lo cual hará despertar el Paraíso perdido, en una especie de travesía dantesca que explicará décadas después en «Breve testimonio de un encuentro inacabable». «La palabra poética es la acción que libera al par las formas encerradas en el sueño de la materia y el soplo dormido en el corazón del hombre», dice.

A lo largo del ensayo parece que Lezama fuese la poesía y Zambrano la filosofía; en efecto, de eso nos habla. Ambas disciplinas están –como sus representantes– emparentadas, pues la poesía es para la autora acción antes que conocimiento, mientras que la filosofía, por su parte, solo logra lo divino en el momento en que se despoja de su ser, de la razón. Pero no son solo Lezama y Zambrano, ni sus modos de relacionarse con la realidad, los que se comentan. En Virgilio Piñera, la autora ve la «poesía de alguien que es cuestión para sí mismo», sometido a una constante crítica, dudando siempre de su propia existencia: no se permite vivir –como tampoco permite vivir a Electra Garrigó– y desaparece como el novelista clásico de su propia narración, por indiferencia, tal Faulkner o Kafka. Es importante esta selección de autores, pues relaciona una figura cubana con figuras de la literatura universal, más allá de la tradición hispana.

Hay otra poesía que sí intenta salvar el alma: la de Cintio Vitier, Fina García Marruz, Eliseo Diego, Octavio Smith y Lorenzo García Vega. El primero es el más adherido a su condición de poeta, con la sed de realidad perdida, «nostalgia positiva apunto de encontrar alimento». La poesía de Marruz es la inocencia que lleva consigo cierto pecado. Eliseo Diego se atreve a adentrarse piadosamente en las cosas más humildes. Smith prioriza el más pasivo de los sentidos: el oído. García Vega es el que trae la nueva alegría, el premio otorgado al sacrificio y la paciencia. Los creadores se complementan los unos a los otros; no parece haber una forma correcta y exacta de hacer poesía para ellos.

En 1950 –*Orígenes*, Año VII, No. 25– la intelectual española emite su juicio en «Lydia Cabrera, poeta de la Metamorfosis». La autora cubana, de publicación también frecuente en la revista, es para la intelectual española, como los poetas que componen el famoso grupo, servidora de «la más elemental e imperiosa necesidad del mundo que la vio nacer». De nuevo, comienza explicando un concepto propio para luego caer en el ejemplo concreto. La «metamorfosis», buena y natural, es el cambio, la mutación necesaria que va contra el absurdo empeño del hombre de ordenarlo y clasificarlo todo para su –efímera– tranquilidad. Apunta que «esa fijación

tranquilizadora fue la hazaña del pensamiento llevado al extremo por afán de poderío y dominación». La ansiedad del hombre por reinar destruyó el Paraíso.

A pesar del panorama, Zambrano cree que todavía existen sobre la Tierra quienes no se conforman y buscan la libertad, el principal anhelo, la esperanza de los esclavos. Sus palabras cada vez recuerdan más a esa tierra que describe como «mundo donde las cosas y los seres no han sido todavía dominados por el afán de definición». La idea de nación que se está formando es uno de sus atractivos y, también, el hecho mismo de ser una isla. La filósofa asocia la imagen de esta con la vida intacta y feliz, el regalo mágico del Paraíso; asegura que Cuba es la «isla arquetípica», por lo que los poetas aquí surgen naturalmente.

Cayendo ya de lleno en Lydia Cabrera, explica que esta, aunque escribe prosa, tiene una obra que puede entenderse como poesía. Su tema principal es el mundo de la raza esclava, la cual solo alcanzará la libertad –el fin más importante– siendo escuchada. Esa es la misión de Cabrera y sus semejantes. Se remonta –cómo no– al origen, a la infancia de muchos españoles y criollos que fueron amamantados por la negra nodriza, la que lo es también «de todos los blancos en sentido legendario», refiriéndose a África como cuna de la humanidad. El papel de la historia cobra relevancia una vez más en las reflexiones de Zambrano, por eso recuerda que Cuba es la interferencia de dos mundos mágicos, el europeo y el africano, y espera que Lydia algún día muestre también el alma del blanco; quiere saber –es comprensible– qué ha quedado del español en las «nuevas tierras».

En 1953, año del centenario del natalicio del Apóstol, Zambrano escribe «Martí, camino de su muerte». A lo largo de todo el texto intentará explicar de manera filosófica el fin prematuro del héroe, siempre bajo la aseveración de que este no solo fue un hombre de palabra, sino también de acción, algo que parece más común de lo que es en realidad.

El hombre de acción piensa menos y se relaciona de forma distinta con la muerte, que le suele llegar de improviso, como al «cazador cazado». Al meditador la muerte le llega de modo íntimo y la siente como el desenlace lógico de la vida, no como castigo. El caso de Martí es, sin dudas, especial; para probarlo Zambrano revisa el *Diario de Cabo Haitiano a Entrerríos*, en el cual el autor no parece ver su final aproximarse, o al menos no le teme. Se muestra, según la filósofa, sincero y sin máscara, como si ya hubiese fallecido. Luce más preocupado por recoger la «imagen de cada gesto viviente», o sea, por describir la flora, la fauna y las personas que lo rodean, aprovechando cualquier momento libre para hacerlo, lo cual resulta sorprendente para todo el que hoy lo lee.

Zambrano alaba el espíritu de sacrificio de José Martí, tal como hizo con Lezama Lima. No es una comparación explícita, pero un lector atento que haya consultado el resto de su obra sobre Cuba tiene la capacidad de percatarse de que describe a estos dos hombres de forma similar. Ambos confiaban en una causa, llevaban consigo una carga, una misión que tenía que ser cumplida. Ella lo llama «necesidad histórica», la necesidad de libertad, esa que siempre mueve a la acción, pues «La Historia Universal es en el fondo la Historia de la Libertad». Martí, por su parte, cumplió con un sacrificio no solo intelectual, sino también físico, ritual de la virilidad al entrar en la violencia, como expresa la española. No se sumó a la guerra por vocación, sino por destino; el que da la patria de nacimiento, el que hizo a María Zambrano una desterrada que nunca dejó de pensar en su hogar. Compara al más universal de los cubanos con un personaje ficticio universal, fruto del ingenio del mejor de los dramaturgos: Martí es Hamlet, el ser débil que, por obligación, debe actuar como fuerte, para dejarle un futuro mejor a los otros, lo cual constituye el objetivo real de la justicia. José Julián se convirtió en su propio Abdala.

Tan solo un año después del ensayo dedicado al Héroe Nacional de Cuba, en 1954, la intelectual española dedica otro a Wilfredo Lam. Deja claro desde el principio que la naturaleza plasmada en sus cuadros no es la tradicional, sino una mágica y surrealista que expresa «la relación primaria, original, del hombre con la realidad que le rodea»; vuelve a aparecer el motivo de lo inicial, lo nuclear, lo real escondido bajo la superficie de lo tangible.

Para Zambrano, Lam pinta fuerzas, almas, máscaras del hombre; logra deshacer el veneno de la tierra con «el hechizo del arte». Sus cocuyos, flores y cactus danzan –como los personajes de Lydia– «atraídos por un canto secreto; por una melodía antigua»; lo secreto y lo antiguo siempre vuelven a entrar al juego pues son, después de todo, casi sinónimos de lo originario. El Trópico se presenta para la autora más musical que plástico y Lam, aun siendo artista plástico, logra captar la esencia musical. Podemos recordar a Virgilio cuando afirma que en esta región del mundo la noche revela y la luz encubre; la iluminación en Electra Garrigó molesta y no lleva a ninguna revelación divina.

En una fecha más distante, 1977, Zambrano decide escribir sobre su eterno amigo, aquel que logró descender a los ínferos, enamorar a las almas y calmar a las bestias. Lezama había muerto recientemente y lo recuerda de la mejor manera que sabe en «José Lezama Lima: hombre verdadero», ensayo quizás de difícil interpretación por tener un aliento tan personal y poético.

El Orfeo cubano, para Zambrano, fue un hombre único, al que siempre se le negó el pan, el agua y el Paraíso. Ella realiza un comentario acerca de la novela del mismo nombre, *Paradiso*, tan malinterpretada en varias ocasiones; según opina, no es más que la meditación sobre el origen, la raíz, la entraña… una meditación sobre la génesis del ser humano. Retoma la idea de la muerte y la posterior resurrección; en este sentido, es muy explicativa la siguiente metáfora: «El árbol quemado en la hoguera y que luego habla es la imagen del poeta, árbol que hunde sus raíces en lo hondo y oscuro de la Tierra». Así consigue vincular lo que siempre ha vinculado: el origen y el renacer espiritual.

En 1988, poco más de una década después, sale a la luz un escrito similar al anterior, titulado «Breve testimonio de un encuentro inacabable». Es sobre todo eso, un testimonio, una narración poética resumida de lo que experimentó María Zambrano el día que conoció a Lezama, el cual fue, a la vez, su primer día en La Habana, en 1936. La ciudad y el poeta se funden en uno solo: a pesar de los años, sigue sintiendo al amigo viviendo dentro de ella, porque –como Cuba– formó parte de su vida esencial, la que no se puede borrar. También fueron esenciales para la autora los origenistas; recuerda que le pidieron ayuda con el propósito de conseguir reconocimiento, pero no lo querían en el extranjero –le aclaró Vitier– sino en su propia tierra. La intelectual, por tanto, vio siempre a la Isla como un lugar universal y justifica con esto la decisión de Lezama de no exiliarse nunca: se mantuvo fiel a su ciudad, creía en sus infinitas posibilidades.

Poco tiempo antes de fallecer, nuestro Orfeo le dedicaba un poema de despedida a su amiga española:

María se nos ha vuelto tan transparente
Que la vemos al mismo tiempo
En Suiza, en Roma o en La Habana.
Acompañada de Araceli
(…)
Aquellos fantasmas elásticos de Baudelaire
La miran tan despaciosamente
Que María temerosa comienza a escribir.
La he oído conversar desde Platón hasta Husserl
En días alternos y opuestos por el vértice,
Y terminar cantando un corrido mexicano.
Las olitas jónicas del Mediterráneo,

Los gatos que utilizaban la palabra como
Que según los egipcios unía todas las cosas
Como una metáfora inmutable,
Le hablaban al oído
(...)
María es ya para mí
Como una sibila
A la cual tenuemente nos acercamos,
Creyendo oír el centro de la tierra
Y el cielo de empíreo,
Que está más allá del cielo visible.
Vivirla, sentirla llegar como una nube,
Es como tomar una copa de vino
Y hundirnos en su légamo.
Ella todavía puede despedirse
Abrazada con Araceli,
Pero siempre retorna como una luz temblorosa.[5]

No cabe duda de que la intelectual hispana, a pesar de provenir de otro continente y de llegar al nuevo como desterrada, encontró en la mayor de las Antillas un refugio, una esperanza. Además, logró integrar su escritura filosófica a la literatura que se producía en la Isla, sobre todo dentro de la labor esencialmente poética de los miembros del Grupo Orígenes.

El fuerte vínculo de Zambrano con los «poetas trascendentalistas» –como los llamó Roberto Fernández Retamar– se expresó, primero, mediante la comprensión de sus obras; los reconoció como un grupo heterogéneo en el que la poesía pura convivía con la negrista, la social, la religiosa, etc., sin dejar por ello de perseguir un objetivo común. Alabó la ruptura estética con las manifestaciones precedentes y coetáneas, pues ella insistía también en la importancia de hacer morir y resucitar las cosas para crear una versión mejorada: es el sacrificio de Martí o Lezama y la quema del árbol que solo deja sus raíces profundas. Profetizó un cambio próximo, necesario e irrenunciable, nacido dentro de la intrahistoria y capaz de afectar la historia oficial misma, dar demasiado en cuestiones por completo políticas o ideológicas. Utilizó la religión como herramienta para estudiar la realidad, sin reparo alguno. Comprendió la importancia de lograr la universalidad, tan imprescindible como indagar en la esencia de la verdadera hispanidad o cubanía. Incluso cuando no escribía para *Orígenes*, sus ideas comunes a las de los trascendentalistas salían a relucir y la ataban para siempre –en el mejor sentido– al desarrollo de este grupo fundamental para las páginas escritas por la literatura cubana de la República.

Manteniendo esta conexión afectiva, filosófica y literaria sincera con la intelectualidad del momento, es comprensible que María Zambrano pensara en Cuba como una utopía realizable, como la oportunidad de escalar hasta el Paraíso, aunque el reto fuese intimidante. No había otra opción: intentar subir o dejarse caer. Resulta poco usual encontrar a un extranjero que comprenda de forma semejante –con tanta agudeza, amor y respeto– la esencia de una tierra que no es su «patria por nacimiento», aunque sí nación emparentada. Tiene, por consiguiente, un gran mérito.

[5] Tomado de «María Zambrano, La Habana en su andar errante», en el Portal Cuadernos Hispanoamericanos, 2021.

Olivia Busto Legrá, licenciada en la carrera de Letras de la Universidad de La Habana.

Referencias bibliográficas

Amaro Cano, Leonor: «El arribo de personalidades españolas a Cuba durante la guerra civil», conferencia impartida durante el II Coloquio de Presencias Europeas en Cuba, La Habana, 2018.

Arroyo Almaraz, Antonio: «El exilio como espacio literario: otras islas invitadas». Universidad Complutense de Madrid. En *Revista de Filología Románica*, Anejo VII, 2011. pp. 31 – 43.

Báez Peralta, Gerardo y Pérez, Victoria: «La Edad de Plata española en el espejo de tres libros de memorias». En *Revista de Estudios Literarios*. México, 2022.

Balló Colell, Tania: *Las Sinsombrero. Sin ellas, la historia no está completa*. Tomo I. Editor digital: Titivillus, 2016.

Bianchi Ross, Ciro: «Los Alberti en Cuba». Juventud Rebelde, 2017.

Depestre Catony, Leonardo: *La Habana, un buen lugar para escribir. Cien visitantes ilustres de las letras*. Editorial Cubaliteraria, La Habana, 2019.

Domingo, Jorge: «Introducción». En *Sentido de la derrota. Selección de textos de escritores españoles exiliados en Cuba*. Tomado del Centro Virtual Cervantes.

Herníquez Ureña, Max: *Panorama Histórico de la Literatura Cubana*. Tomo II. Editorial Félix Varela. La Habana, 2006.

Historia de la Literatura Cubana. Tomo II. La literatura cubana entre 1899 y 1958. La República. Instituto de Literatura y Lingüística. Editorial Letras Cubanas. La Habana, 2003.

Limongi, María Isabel: *Autobiografía y exilio en la segunda república española: María Zambrano, María Teresa León y Concha Méndez*. Universidad de Arizona, 2012.

Serrano, Pío: «María Zambrano, La Habana en su andar errante». Portal *Cuadernos Hispanoamericanos*. 2021.

Trueba, Virgnia y Sarría, Leonardo: *María Zambrano, por los claros del bosque*. Editorial Arte y Literatura. La Habana, 2016.

Vicent, Mauricio: «María Zambrano revive en su Cuba Secreta». La Habana, 1996. Tomado de elpais.com.

Viñalet Rodríguez Ricardo: T*emas de Literatura Española*. Tomo II. Editorial Pueblo y Educación, 2013.